Fragmento

Circo Máximo

Santiago Posteguillo



La esperada segunda parte de *Los asesinos del emperador*
de la triología de trajano

Santiago Posteguillo



Circo Máximo

La ira de Trajano

Planeta

Libro I

LAS CUADRIGAS DE ROMA



Año 101 d. C.
(Año 854 *ab urbe condita*, desde la fundación de Roma)

Tiempos del emperador Marco Ulpio Trajano

(145 años después del asesinato de Julio César)

Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum.

[Así que quien desee la paz, que prepare la guerra.]

Vegecio
Epitoma rei militaris, (libro III, prefacio)

1

UNA PETICIÓN DESESPERADA

Roma, febrero de 101 d. C.

—¡Sólo tú puedes salvarla! ¡Sólo el gran Plinio puede conseguirlo! —dijo aquel hombre entre sollozos, postrado ante el poderoso senador de Roma, abrazándole las rodillas en señal de máxima sumisión mientras seguía repitiendo aquellas palabras como una letanía de sufrimiento eterno—. ¡Sólo Plinio puede salvar a mi hija! ¡Sólo Plinio!

El viejo Menenio vio cómo Plinio se agachaba y lo cogía por los brazos para levantarlo.

—No es necesario que te postres de esta forma para que entienda tu dolor —dijo Plinio mientras acompañaba a su amigo junto a un *solium* en el que lo invitó a sentarse, a la vez que él hacía lo mismo en una *sella* que estaba al lado.

En el atrio de la enorme *domus* de Plinio en el centro de Roma, protegidos por aquel gran peristilo porticado, sólo se eoía el arrullo de la fuente del centro. Éste, uno de los senadores más poderosos del Imperio, había podido adquirir aquella residencia tras una exitosa carrera como abogado primero y como senador después, siempre ascendiendo en los diferentes cargos públicos del *cursus honorum*. Era de los pocos supervivientes a los años de locura de Domiciano y ahora parecía bien posicionado con el nuevo emperador Trajano. Menenio, sin embargo, pertenecía a una ancestral familia patricia que poco a poco había perdido fuerza, poder e influencia en Roma, hasta el punto de que ahora su *pater familias* se veía obligado a humillarse ante un semejante, ante otro senador, para conseguir salvar a una hija sobre la que se cernía la más temible de las sombras.

—Sólo tú puedes salvarla —volvió a insistir Menenio—. Estás en buenas relaciones con el nuevo emperador. Trajano te escuchará. Sé que si tú la defiendes al menos la muchacha tendrá una oportunidad.

—Por todos los dioses, Menenio, tranquilízate —respondió Plinio—. Según lo que me has contado ni siquiera hay una acusación formal, y el delito es muy grave. Muy pocos se atreverían a formularla. Una acusación falsa contra una vestal, si se prueba que han mentido, puede suponer la muerte. En ocho años nadie ha osado acusar a una sacerdotisa de Vesta.

—Cierto —concedió Menenio, aunque en seguida añadió unas palabras que resonaron terribles en el patio de aquella *domus*—; pero en aquel último caso, el de hace ocho años, la vestal acusada fue condenada y enterrada viva.

Silencio. El agua de la fuente seguía manando. El ruido del líquido al caer sobre el mármol les recordaba que el tiempo no se detenía, aunque en aquel instante Menenio lo hubiera dado todo por poder pararlo.

—En todo caso —insistió Plinio quebrando aquella extraña pausa— sigue sin haber acusación formal. Sólo rumores...

—Tú sabes cómo funciona esto —lo interrumpió Menenio—. Tú lo sabes mejor que nadie. Todos lo hemos visto otras muchas veces: primero son los rumores, luego las delaciones.

—Trajano ha promulgado una ley contra las mismas.

—Sí, contra las delaciones anónimas, pero estoy seguro de que reunirán testigos comprados. Mentirán, Plinio, mentirán y mi hija será enterrada viva.

Plinio estiró las piernas. Estaba claro que era imposible tranquilizar a su amigo. Se levantó y paseó por el atrio. Suspiró. Regresó junto a Menenio y, de pie, empezó a resumir lo que su amigo le había contado.

—Por Júpiter, veamos: tu hija Menenia fue escogida por el emperador Domiciano, ya fallecido, para reemplazar a una de las vestales que él mismo condenó a muerte por un supuesto *crimen incesti*, porque se dijo que se había entregado a otros hombres rompiendo su voto sagrado de castidad. La selección de Menenia fue hace unos cuantos años... nueve has dicho, creo. ¿Correcto? —Menenio asintió y Plinio prosiguió con su

relato—. Entonces tu hija tenía apenas nueve años también, la misma cifra. Fue conducida hasta la casa de las vestales y allí se la examinó de acuerdo a las costumbres sagradas de las sacerdotisas de Vesta, y fue aceptada. El problema radica en que tu hija tenía amistad, una amistad infantil e inocente, con un niño de nombre Celer, el hijo de un liberto de tu propia casa con el que jugó durante su infancia hasta que fue conducida a la casa de las vestales. Era una amistad sincera entre niños y ambos siguieron viéndose ocasionalmente, siempre bajo la atenta mirada de las vestales, en actos públicos. Hasta ahí todo bien. Continúo resumiendo: este niño, Celer, tenía un don, un don especial con los animales y en particular con los caballos, de tal forma que tú mismo, para ayudarle a que tuviera un medio de vida, influiste para que fuera admitido en una de las cuatro grandes corporaciones de cuadrigas de la ciudad, la de los rojos. El muchacho empezó como *aurigator*, como un ayudante de los aurigas, pero muy pronto, con unos trece años, empezó a correr hasta convertirse en uno de los más importantes aurigas de Roma. Ha conseguido decenas de victorias. La relación entre Celer y tu hija, ya una joven sacerdotisa vestal, se ha mantenido mediante cartas y en algunos encuentros siempre en público, siempre controlados, pero ha surgido un rumor, un rumor terrible que sientes que pronto puede transformarse en la peor de las acusaciones contra una vestal. Estás convencido de que hay personas, no sabemos quiénes, que han extendido el rumor de que tu hija Menenia ha roto su voto de castidad yaciendo con este auriga en secreto. Crees que pronto se formulará una acusación formal de *crimen incesti* y que, en consecuencia, tu hija será juzgada. Estás convencido de que habrá testigos comprados dispuestos a mentir ante el mismísimo emperador, ante el *Pontifex Maximus*, y declarar que tal horrendo crimen ha sido en efecto perpetrado por tu hija, pero no puedes decirme de dónde ha surgido el rumor ni quién puede estar dispuesto a arriesgar tanto comprando a estos testigos.

—Así es —confirmó Menenio.

Plinio volvió a sentarse junto a su amigo. Durante un largo rato no dijeron nada ninguno de los dos. En el fondo, Plinio

compartía la tétrica visión que Menenio tenía sobre todo aquel asunto. Sí, los rumores solían terminar en acusaciones formales ante un tribunal. Era una de las herencias del principado de Domiciano. Trajano se había esforzado por reducir las causas basadas en delaciones anónimas sin base ni pruebas, pero con dinero se seguían comprando testimonios y seguía habiendo condenas injustas. Era difícil revertir en apenas dos o tres años la perniciosa tendencia que se había instalado en Roma durante los largos, lentos y penosos quince años del gobierno de Domiciano. Torcer a los hombres siempre es más fácil que enderezarlos. Plinio miraba al suelo. Menenio había sido siempre un amigo leal y hombre honesto. Había tenido que sufrir que su hija fuera designada por Domiciano como nueva vestal. Aquello no había sido sino una maniobra más del emperador para controlar a un hombre honrado. El miedo a que le pasara cualquier cosa a su hija, una vestal que como todas las sacerdotisas de Vesta dependía directamente del *Pontifex Maximus* y emperador del mundo, había hecho de Menenio el senador dócil y sumiso que Domiciano buscaba en la última época de su tiranía. Asesinado éste, Menenio había sido uno de los hombres más felices durante un breve intervalo de tiempo, pero ahora, de pronto, sin saber muy bien de dónde, surgía este rumor de una relación prohibida entre su hija y aquel amigo de la infancia que ahora era un gran auriga.

—Si hay acusación formal, Menenio, yo defenderé a tu hija —dijo al fin Plinio rompiendo el largo silencio en el que le habían sumido sus reflexiones.

—Gracias, por todos los dioses, gracias.

Menenio estaba a punto de levantarse del *solium* para volver a arrodillarse ante el que ahora sería el abogado defensor de su hija, pero Plinio se lo impidió asiéndole con un brazo. Menenio desistió y no volvió a humillarse. Hablaron entonces de otras cosas para relajar un poco aquel tenso encuentro. De asuntos intrascendentales para Menenio pero que ayudaban a distraer su mente de la preocupación por la seguridad de su hija: las obras de remodelación y ampliación del Circo Máximo que había ordenado Trajano, los problemas en el suministro de agua a la ciudad o el juicio en el Senado a Prisco, uno

de los senadores más corruptos de la época de Domiciano a quien Trajano había condenado a devolver una enorme cantidad de dinero y luego había enviado al destierro. Plinio, al final de aquella conversación, añadió una pregunta que había aprendido a hacer antes de aceptar la defensa de nadie, pues sabía que no había nada peor que no saberlo todo de sus defendidos.

—Dime, Menenio, ¿hay algo especial, algún secreto por pequeño que sea, que deba saber sobre tu hija Menenia? Sería terrible que los acusadores averiguaran algo de tu hija que su defensor no conociera. ¿Hay algo secreto?

El viejo senador Menenio no respondió de inmediato. Miró al suelo un instante, como si repasara velozmente la vida de su hija.

—No —respondió al fin.

Plinio lo observó atento y asintió muy despacio.

—Que los dioses te prodiguen bondades —le dijo Plinio a su amigo mientras lo acompañaba a la puerta. Menenio se inclinó al despedirse. Iba a marcharse ya, pero se detuvo un instante.

—Es inocente, mi hija es inocente —dijo Menenio en un arrebato, en un intento por afianzar aún más el compromiso de su amigo en la defensa de su hija.

—Estoy seguro de ello —respondió Plinio en el tono más tranquilizador que pudo. Menenio sonrió levemente en señal de agradecimiento y se perdió, escoltado por cuatro esclavos, entre la multitud que atestaba las calles de Roma, una muchedumbre que se dirigía al Circo Máximo. Aquella misma mañana había carreras y toda Roma acudía a presenciarlas. Plinio frunció el ceño. ¿Correría Celer, el auriga protagonista junto con Menenia de aquellos malditos rumores, próximamente? Tenía que ver de nuevo una de esas carreras. Hacía tiempo que no se acercaba al Circo Máximo, pero si quería defender bien a aquella vestal, a la hija de su amigo, sentía que tenía que volver a ver las carreras del Circo y prestar mucha atención a todo lo que ocurriera allí. Los esclavos cerraron la puerta y Plinio regresó al interior de su *domus*. Una vez en el atrio de su casa se sentó en su *solium*. «Inocente», pensó. Seguro

que lo era. Siendo hija de Menenio, aquella muchacha sería igual de recta y virtuosa que su padre y su madre. De eso no tenía duda. Pero también, seguramente, fueron inocentes las cuatro vestales condenadas a muerte durante la época de Domiciano. Plinio suspiró profundamente. Le preocupaba que en un juicio en Roma lo menos importante de todo fuera la inocencia o la culpabilidad de la acusada, pero, por encima de todo, le incomodaba que Menenio le hubiera mentido. Plinio sabía cuando alguien mentía. Ése era su don. Y Menenio no había respondido la verdad cuando le había preguntado sobre si existía algún secreto en la vida de su hija Menenia. Y los secretos no eran buenos en un juicio. ¿Por qué habría querido ocultarle algo cuando la vida de su hija estaba en juego?

Plinio se mantuvo sentado en el centro del atrio.

—Rumores y secretos —dijo en un murmullo casi inaudible—. Será difícil ganar este juicio.

2

UNA MISIÓN IMPOSIBLE

Roma, febrero de 101 d. C.

Apolodoro de Damasco, el arquitecto imperial, esperaba aquel atardecer en el silencio de un *Aula Regia* vacía la llegada del César, pero el hombre que entró al fin por el fondo de la gran sala del trono de Roma no era el emperador, sino un liberto, seguramente algún funcionario al servicio de los archivos imperiales o quizá un consejero del *consilium* de Trajano. Era difícil saberlo.

—Sígueme —dijo aquel hombre, y el arquitecto empezó a caminar justo detrás de aquella sombra sigilosa. Cruzaron los grandes peristilos de la *Domus Flavia* hasta llegar a las cámaras de la familia imperial. Allí, frente a una puerta de bronce custodiada por media docena de pretorianos, su guía se detuvo. No dijo nada ni se volvió para despedirse. No era necesario. La puerta de bronce se abrió y los pretorianos se hicieron a un lado. Apolodoro vislumbró la figura del César en pie, apoyado sobre una gran mesa con mapas. El arquitecto entró y los pretorianos cerraron la puerta. Apolodoro se quedó junto a la entrada sin saber bien qué hacer. Acercarse sin ser invitado podía ser indecoroso y lo último que uno quería hacer en Roma era indisponerse con el emperador.

—Acércate, Apolodoro —dijo Trajano al fin con voz serena. El arquitecto dio unos pasos adelante hasta situarse al otro lado de la mesa. El mapa que había desplegado y sobre el que se apoyaban las manos del emperador era del norte del Imperio. Se podían ver las provincias del Rin, Germania Inferior, Germania Superior y luego el Noricum y Raetia para continuar con las provincias limítrofes con el Danu-

bio: Panonia Superior e Inferior y Moesia Superior e Inferior.

—Necesito un puente —dijo Trajano, que no era hombre de perder el tiempo a la hora de hablar.

—¿Un puente...? —repitió el arquitecto de modo dubitativo; Julio César hizo construir un puente sobre el Rin, un puente de madera, con troncos, que luego desmanteló a las pocas semanas; Apolodoro estaba convencido de que Julio César lo había construido más que otra cosa para demostrar a los bárbaros del norte que si Roma quería, Roma podía construir un puente y atacarlos. Quizá el nuevo emperador estuviera pensando en repetir aquello—. ¿El César desea un puente sobre el Rin?

—No —respondió Trajano tajante—. No. Lo que necesito es un puente sobre el Danubio.

—Sobre el Danubio —volvió a repetir Apolodoro mientras desplazaba la mirada hacia el otro extremo del mapa. El Danubio era más largo, más caudaloso, más ancho. Nunca se había construido un puente sobre el Danubio. De hecho no se consideraba posible. Aunque quizá...—. Quizá se podría construir un puente con barcazas.

El emperador negó con la cabeza.

—Para eso no necesito un arquitecto. Para eso me basta con mis zapadores. No. Necesito un puente sólido, fuerte y permanente sobre el Danubio. Eso es lo que necesito. Eso es lo que quiero. ¿Puedes construirlo? Me dijeron que si quería algo que pareciera imposible, algo que nunca se haya hecho antes porque se cree que no puede hacerse, el único hombre en Roma capaz de conseguir imposibles eres tú. ¡Por Hércules, cuentan que tú mismo le dijiste a Domiciano que podías hacer imposibles! ¿Es eso cierto o acaso me informaron mal?

Apolodoro imaginaba a Rabirius, el viejo arquitecto de Domiciano, o a cualquiera de sus compañeros, henchidos de envidia por su gran éxito de hacía unos años con la ampliación del Anfiteatro Flavio, promoviendo aquel rumor de que él se jactaba de poder construir cualquier cosa. Ahora sentía como en secreto, sin tan siquiera mover ni una comisura de los labios, sus enemigos sonreían ante el espectáculo de aque-

lla arrolladora victoria, pues una cosa era ampliar un edificio como el Anfiteatro Flavio y otra muy diferente intentar construir un puente imposible. Mientras, el César seguía mirándolo. Sólo había dos caminos: humillarse y negar todos aquellos rumores y perder así el favor del nuevo emperador de Roma o... Apolodoro dio un paso al frente, alzó el rostro y, mirando a Trajano a los ojos, respondió con firmeza.

—Si el César quiere construir algo imposible, yo soy su hombre.

Trajano sonrió.

—Bien —dijo—. Partirás hoy mismo. Te proporcionaré un salvoconducto que te abrirá el camino hasta los campamentos de Moesia Superior. Es allí donde necesito el puente. —Apolodoro lo escuchaba con la boca abierta, sin apenas respirar; el emperador seguía con sus instrucciones—. Quiero que vayas allí y que encuentres el emplazamiento idóneo para ese puente, y quiero tener en poco tiempo un informe tuyo sobre el lugar que has seleccionado y los recursos que necesitas para construirlo. Tendrás hombres y todo el material que precises, Apolodoro, pero quiero un puente sobre el Danubio, ¿me entiendes?

—Sí, César.

—Bien... —Trajano dejó de mirarlo y volvió a fijar los ojos en el plano—. Eso es todo.

Apolodoro se inclinó ante el César y se encaminó hacia la puerta de bronce.

—¡Abrid! —dijo Trajano con voz potente sin dejar de mirar el mapa. La puerta de bronce se abrió y Apolodoro se deslizó entre los pretorianos. El funcionario que lo había guiado hasta allí volvió a conducirlo a través de los grandes peristilos del palacio imperial. Se cruzaron con un hombre anciano que, pese a su edad, caminaba muy recto. Vestía con enorme sencillez, con apenas una túnica blanca sin marca ni ribete ni decoración alguna. Si Apolodoro hubiera estado más sosegado se habría dado cuenta inmediatamente de que aquel anciano no encajaba en palacio, pero el arquitecto estaba demasiado atribulado con sus propios pensamientos. No fue hasta llegar a la escalera de salida de la *Domus Flavia* que Apolodo-

ro de Damasco se permitió inspirar con fuerza para intentar relajarse un poco. No lo consiguió.

—Es ese anciano, César —dijo uno de los pretorianos que custodiaban la puerta de la cámara imperial. Trajano supo en seguida a quién se refería. Los soldados no se habituaban a la presencia de aquel viejo griego en palacio. Sin duda les parecía una excentricidad, una manía suya, pero se la toleraban porque sabían que el emperador era un militar recio como ellos. ¿De qué hablaba con ese viejo? Seguramente eso es lo que se preguntarían los pretorianos una y otra vez. A Trajano le divertía que todavía ni siquiera se hubieran esforzado en aprenderse su nombre.

—¿Te refieres a Dión Coceyo de Prusa? —preguntó Trajano más que nada por poner en evidencia un poco a aquel pretoriano para que de una vez retuviera en la mente aquel nombre.

—Sí, César —respondió el soldado bajando la mirada al suelo. Trajano comprendió que el pretoriano había captado su error y lo estaba asimilando para no repetirlo de nuevo—. Dión Coceyo de Prusa, César —repitió a modo de penitencia ante su superior.

Trajano asintió.

—Que pase... y que traigan lucernas. Apenas hay luz aquí.

El pretoriano se retiró y al momento apareció el anciano de la túnica blanca. Dión Coceyo era todo un personaje en Roma. Se trataba de un viejo filósofo griego que estaba en la capital del Imperio desde tiempos de Vespasiano. Ya entonces se había hecho famoso por su impresionante oratoria. Pero tanta elocuencia dejó de resultar agradable cuando el emperador Domiciano accedió al poder. De hecho, Dión se atrevió a criticar a Domiciano en público de forma directa. Fue desterrado de inmediato, pero no sólo de Roma, sino de Italia y de Bitinia, su tierra natal, también. Sus posesiones fueron requisadas y se quedó sin nada. Pero Dión no se vino abajo, sino que se tomó aquello como una prueba: abandonó lo poco que le quedaba y, vestido como un mendigo, empezó a ir de ciudad en

ciudad predicando la necesidad de recuperar una vida austera —en su caso rayando la pobreza absoluta— como el mejor modo de encontrar el sosiego de espíritu necesario para vivir en paz con uno mismo, a la par que promovía la realización de buenas acciones de los unos con los otros allí por donde pasaba. Visitó en aquellos años de destierro Tracia, Misia, Escitia y otras muchas tierras y ciudades. Y por lo general era bien recibido por su honestidad, su humildad y la sabiduría de sus palabras y consejos. A Roma llegaron durante años comentarios e historias sobre la peregrinación de Dión por los confines del Imperio, decían que incluso más allá de sus fronteras. Podías estar de acuerdo o no con Dión, pero nadie dudaba de que aquel anciano había viajado mucho, había visto mucho y sabía mucho. Tras el asesinato de Domiciano, el emperador Nerva perdonó a Dión y le permitió regresar a Roma si lo deseaba. Éste aceptó el perdón, tomó el nombre de Coceyo en honor del emperador Marco Coceyo Nerva y regresó a la capital del Imperio. Lo que no hizo ya Dión fue retornar a su anterior vida de cierta comodidad. En su lugar decidió mantener sus costumbres extremadamente austeras, aun cuando era invitado a las casas de los más poderosos de Roma.

Y es que muchos sentían curiosidad por saber de su vida y de sus opiniones sobre todo tipo de situaciones y sucesos, hasta que el propio emperador Marco Ulpio Trajano lo invitó a acudir con frecuencia al palacio para departir con él de los más variopintos asuntos. La presencia del filósofo en el palacio imperial generó la sorpresa de muchos y la incomprensión de algunos, pero como fuera que Dión nunca pedía nada para sí mismo ni parecía influir de forma perniciosa sobre el César, todos pasaron a considerar aquella extraña relación como un capricho peculiar del nuevo emperador que, a fin de cuentas, no hacía daño a nadie. Ese Dión Coceyo, originario de la ciudad de Prusa, era el que se encontraba en ese momento frente al emperador Trajano.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —preguntó el César sentado ya al otro lado de su mesa de mapas.

—El César es demasiado generoso al considerar mi visita como un honor y no como una molestia —comentó el ancia-

no acercándose un poco hacia la mesa, pero siempre manteniendo una distancia prudencial. No quería dar a entender que pudiera tener interés por los planos que el César estuviera consultando en ese momento. Y como sabía que Trajano no era hombre que apreciara largos circunloquios, Dión Coceyo fue directamente al asunto que lo había traído hasta allí—. Sólo he venido a avisar al emperador.

Trajano se reclinó lentamente en el respaldo de su *solium*.

—¿Un aviso? —repitió inquisitivo.

—Sí, augusto; creo... he estado pensando que quizá el César no sea plenamente consciente de que ha entrado en guerra.

Trajano frunció el ceño. Pensó de inmediato en sus planes para atacar a los dacios, pero no comprendía cómo aquel anciano podía haber intuido aquello y, lo más importante, le preocupaba que si Dión Coceyo había adivinado sus intenciones quizá alguien más lo hubiera hecho, y aún era demasiado pronto para desvelarlo todo. En ese momento se volvieron a abrir las puertas de bronce y un par de esclavos entraron con varias lucernas encendidas que distribuyeron por la cámara para luego desaparecer de inmediato y dejar solos al emperador y al filósofo. Las puertas volvieron a cerrarse.

—¿En guerra contra quién? —indagó Trajano en un intento por clarificar hasta dónde había llegado aquel viejo griego en sus conjeturas.

—El César ha entrado en guerra contra el dinero —y como fuera que Dión detectó la sorpresa en el rostro del emperador, decidió ser más preciso—; el emperador ha entrado en guerra contra aquellos que habían hecho mucho dinero en tiempos de Domiciano.

—Sabes que muchas veces no te entiendo pero siempre te respeto y te admiro porque no adulas y siempre dices lo que piensas, pero necesito que aclares tus palabras —comenzó el emperador más relajado toda vez que comprobaba que el filósofo no se refería a una guerra de verdad contra los dacios o contra ningún otro pueblo de las fronteras del Imperio—. Yo sólo he atacado, mejor dicho, he ordenado —continuó Trajano— que se juzgue a aquellos que obtuvieron riquezas en época de Domiciano de forma claramente corrupta y vil. No he

confiscado la riqueza de nadie que se hubiera enriquecido de forma honesta, ya sea como político o como comerciante. Sólo he actuado contra los corruptos y me sorprende que tú, precisamente tú de entre todos los hombres de Roma, puedas ver eso con malos ojos.

—Yo no he dicho que critique los juicios, augusto, ni las condenas contra los senadores y gobernadores corruptos, sólo he venido para advertir que el César debe estar atento.

Las sombras que proyectaban las luces de los candiles se repartían por toda la estancia como si la cámara imperial estuviera poblada por un ejército de guerreros oscuros.

—¿Atento a qué? —preguntó Trajano, que aún no acertaba a entender a dónde quería llegar Dión Coceyo. El anciano miró una de las *sellae* vacías junto a la mesa de los mapas. El emperador asintió y el viejo filósofo se sentó despacio sobre la misma dejando escapar un largo y lento suspiro.

—Me hago viejo, augusto —empezó de nuevo Dión y, al instante, fijó su mirada en la figura del emperador—. Tan valiente y tan noble, César, sin duda, pero tan ingenuo en ocasiones... a veces me pregunto cómo ha podido el emperador sobrevivir a Domiciano con esa simpleza.

Trajano lo miraba atento. En su faz no se reflejaba incomodidad alguna por la familiaridad con la que el anciano filósofo se dirigía a él. De hecho a Trajano le gustaba. Sólo su esposa o Longino y, en ocasiones, Lucio Quieto le hablaban de esa forma. El resto siempre se deslizaba con demasiada facilidad hacia la adulación. Dión Coceyo era un alivio en medio de tanto artificio.

—No soy tan ingenuo, Dión. Intuyo por dónde vas. Crees que me he labrado nuevos enemigos por causa de los últimos juicios contra los corruptos, ¿no es así?

El filósofo sonrió satisfecho al ver que, en efecto, el emperador no era tan ingenuo después de todo, pero decidió insistir en la importancia de estar atentos a lo que pudiera pasar.

—El dinero, augusto, no se deja atacar sin devolver el golpe. Siempre vuelve y lo hace con fuerza. El César es un gran militar. Sé que puede enfrentarse a los dacios y a los germanos o a los partos y conseguir victorias. Ahí el César no necesita

consejos, más allá de ser prudente, pero ahora el emperador ha abierto un frente aquí, en Roma: al llegar al poder, hace tres años, Trajano pactó con el Senado, pero ahora el César ha abierto una brecha por donde sus enemigos atacarán. No critico ninguna de las actuaciones del César, seguramente esos juicios y sus condenas eran necesarios, pero el emperador debe comprender que cada acción tiene su reacción.

—Por eso la mayoría de los condenados han sido desterrados, alejados de Roma y esparcidos por el Imperio. No los he matado porque el rencor de sus familiares alimentaría traiciones y venganzas.

—Sin duda, esa contención por parte del César muestra inteligencia y sabiduría. No es correcto decir que el César es ingenuo, no lo es, es evidente, ahí no he estado ajustado en mi forma de expresarme, pero el emperador no debe infravalorar nunca el tremendo poder del dinero, especialmente de quien lo ha tenido y lo ha perdido. El César exigió que todos estos condenados devolvieran al Estado grandes cantidades de dinero.

—Era lo justo —sentenció Trajano con rapidez.

—Lo justo —repitió el filósofo—, sí, pero lo justo no agrada nunca a los que se acostumbraron a la injusticia, y más aún cuando ésta era provechosa para ellos.

Las llamas de las lucernas lamían el aire con la constancia lenta de quien consume el tiempo sin prisa. En el exterior se oyó a los pretorianos hablando. Trajano sabía que era la hora del relevo de la guardia.

—¿Piensas en alguien concreto? —preguntó al fin el emperador.

Dión Coceyo negó despacio con la cabeza.

—No, no soy quién para dar un nombre, pero, sin duda alguna, quien haya perdido más dinero será quien más odie al César.

Y calló.

Las sombras vibraron al abrirse las puertas de bronce. Un centurión habló desde el umbral.

—Sólo quería informar al César de que la guardia ha sido relevada según lo acordado.

Trajano asintió y el centurión cerró de nuevo las puertas de bronce. El emperador había dado orden de ser informado siempre que hubiera un relevo en la guardia. Aquel palacio... a veces sentía que maquinaban alguna conjura, pero no sabía quién o quiénes. Y ahora aquel filósofo con su advertencia. Trajano recordó entonces otro aviso que recibió hacía ya tiempo: «Estas paredes, César, estas paredes están malditas», le dijo Domicia Longina, la mujer del emperador Domiciano, refiriéndose al palacio imperial. Ésta era una mujer enigmática, diferente, extraña, pero como hija del general fallecido Corbulón, debía protegerla para honrar la promesa que su padre hiciera al gran *legatus* Corbulón, el padre de Domicia, el día de su muerte: proteger siempre a aquella familia. Él juró lo mismo a su propio padre y lo seguiría cumpliendo. «Este palacio está maldito», dijo la antigua emperatriz. ¿Estaba en lo cierto?

Dión Coceyo se levantó.

—No he querido importunar al César —dijo el filósofo. Trajano asintió una vez más mientras recordaba también que eso mismo añadió Domicia cuando le advirtió sobre aquel palacio imperial: «No he querido molestar al César». El filósofo se inclinó y dio media vuelta.

—¡Abrid! —dijo Trajano con fuerza, y las pesadas hojas de bronce volvieron a separarse para engullir la figura de aquel enjuto filósofo antes de volver a cerrarse con rapidez.

Marco Ulpio Trajano se quedó de nuevo solo en la cámara imperial. Intentaba acordarse de quién era el gobernador o senador que hubiera sido condenado a devolver más dinero en los últimos juicios, pero no pudo recordarlo. Concluyó que lo mejor sería preguntar luego a alguno de sus consejeros, pero en cuanto sus ojos volvieron a mirar los mapas que tenía delante, aquel último pensamiento se diluyó entre sus planes sobre cómo acometer una campaña al norte del Danubio contra los dacios. Nuevas calzadas, el abastecimiento de las legiones, la construcción de un puente... su preocupación por los preparativos necesarios lo absorbió por completo y nunca preguntó a sus consejeros quién había sido condenado a devolver más dinero. Simplemente, se le olvidó.